

José M. Castillo

La laicidad del evangelio

Desclée De Brouwer

Índice

1. Presentación	11
2. Jesús: ¿un hombre religioso, conflictivo para la religión?	17
3. Lo primero no fue Dios, sino la religión	21
4. Religión y violencia	27
5. Transcendencia de Dios y mediaciones con Dios	31
6. La religión romana del s. I	35
7. ¿Religión “sin Dios” o Dios “sin religión”?	37
8. ¿Va a desaparecer la religión?	39
9. De Benedicto XVI a Francisco	43
10. La religiosidad de Jesús	47
11. ¿Cómo vivió Jesús su religiosidad?	51
12. Lo central en la religiosidad de Jesús	55
13. El Dios que aprendió Jesús	57
14. Lo que es Dios y cómo se encuentra a Dios	61

LA LAICIDAD DEL EVANGELIO

15. El reinado de Dios: tema central	65
16. La "religión" como dificultad para entender el "Reino"	69
17. Las bienaventuranzas	73
18. El juicio final	77
19. Las parábolas	79
20. El Dios de Jesús	89
21. La oración de Jesús	95
22. "Seguimiento" de Jesús y "religión" cristiana	101
23. La misión	111
24. La fe en Jesús y la religión	121
25. Jesús y la política	139
26. La autoestigmatización como conducta	149
Conclusiones	161
Índice bibliográfico	173

1

Presentación

Una de las cuestiones más complicadas que hemos de afrontar cuando hablamos del hecho religioso, es la relación que se puede y se debe establecer entre “religión” y “ethos”. O dicho de forma más sencilla, la relación que existe entre “práctica religiosa” y “conducta moral”. ¿Se puede asegurar tranquilamente que las culturas, pueblos y países más religiosos son, por eso mismo, los más incorruptos y ejemplares?

La experiencia histórica, sobre todo en la actualidad, no nos da una respuesta clara, ni mucho menos. En este momento, y “con la que está cayendo”, como se dice últimamente, en estos tiempos de crisis, miseria y hambre, más bien parece que la respuesta es negativa y hasta indignante. Mucha gente se pregunta qué explicación puede tener el hecho patente de que los pueblos más religiosos, los más cristianos y hasta los más católicos que conforman los países del sur de Europa, en el gran arco que va desde Chipre hasta Irlanda, son los más religiosos y los más corruptos. Los países que tienen una historia más largamente religiosa, son también los más endeudados, en los que más se habla de corrupción, en los que seguramente peor funcionan las instituciones públicas y, para colmo, en los que más se está abriendo la escandalosa y gigantesca brecha entre los más ricos (que son

muy pocos) y los más pobres (la inmensa mayoría). En no pocos de estos pueblos, la religión ha sido la gran tapadera que, desde hace siglos, viene ocultando la descomposición social y la enorme corrupción que nos ha arrastrado a los habitantes del gran Sur a la más dolorosa y humillante de las crisis con todas las miserias que lleva consigo.

El hecho es que se han producido unas condiciones de vida que han generado el tremendo aumento de “distancia” entre el hombre y lo sagrado. Cosa que implica la necesidad de sustentar, de manera más deliberada, los vínculos entre las esferas de “lo humano” y “lo religioso”. Como lo divino ya no puede ser aprehendido “de paso” a través de innumerables gestos rituales concretos y casi reflexivos, se hace más apremiante establecer una relación más general y comprensiva entre “lo humano” y “lo divino”. Como ha hecho notar Clifford Geertz, ya Weber veía dos maneras de establecer la mencionada relación. Una de esas maneras consiste en construir un código legal, moral y formal, conscientemente sistematizado de mandamientos éticos que habrían sido dados al hombre por la divinidad a través de profetas, sagradas escrituras, indicaciones milagrosas, etc. La otra manera consiste en un contacto directo e individual con lo divino, mediante el misticismo, la intuición estética, etc, a menudo con ayuda de varias clases de disciplinas espirituales e intelectuales en alto grado organizadas como, por ejemplo, el yoga¹.

Pero es significativo que el mismo Geertz añade, casi a renglón seguido, algo que nos debe hacer pensar: “que estas sean las dos únicas posibilidades o no, ambas salvan el enorme abismo o intentan salvarlo, que se abre entre lo profano y lo sagrado, y lo

1. CLIFFORD GEERTZ, *La interpretación de las culturas*, Barcelona 2006, 155.

hacen de una forma metódica y coherente para sus respectivos adeptos. Las dos soluciones suministran un lazo con sentido entre el hombre y la remota divinidad”².

Este libro de Clifford Geertz se publicó en 1973, o sea hace cuarenta años, y en estas cuatro décadas han ocurrido muchas cosas, y algunas de ellas muy importantes, si miramos la realidad desde el punto de vista cultural. La cultura global y pos-moderna, que hoy vivimos, es muy distinta de la que se vivía cuando Geertz propuso (siguiendo a Weber) las dos maneras de establecer la debida relación entre “lo humano” y “lo divino”, entre “lo profano” y “lo sagrado”, “lo laico” y “lo religioso”. No me refiero a cuestiones legales, políticas o económicas, nada de eso. Hablo y quiero explicar algo mucho más profundo, que va a la raíz misma del problema y que, si centramos nuestra atención en el cristianismo, nos encontramos enseguida con la hondura de las preguntas, cargadas de sentido que, bastante antes de Clifford Geertz y sus numerosos colegas, expertos en antropología, se hizo Dietrich Bonhoeffer en los años durísimos de la segunda guerra mundial. Me refiero a las preguntas que giran en torno al problema de si es o no es posible un *cristianismo arreligioso*. Después volveré a estas preguntas, pero antes de eso, desde este momento, confieso que no puedo quitarme de la cabeza el siguiente texto, escrito por Bonhoeffer el 16 de junio de 1944, solo unos meses antes de que los sicarios de Hitler ahorcaran a este creyente tan profundo como desconcertante. El texto dice así:

“Dios nos hace saber que hemos de vivir como hombres que logran vivir sin Dios. ¡El Dios que está con nosotros es el

2. O. c., 155.

Dios que nos abandona (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Mc 15, 34)! El Dios que nos hace vivir en el mundo sin la hipótesis de trabajo “Dios”, es el Dios ante el cual nos hallamos constantemente. Ante Dios y con Dios vivimos sin Dios. Dios, clavado en la cruz, permite que lo echen del mundo. Dios es impotente y débil en el mundo, y precisamente solo así está Dios con nosotros y nos ayuda, Mt 8, 17 (“Para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias”) indica claramente que Cristo no nos ayuda por su omnipotencia, sino por su debilidad y por sus sufrimientos”³.

Este texto de Bonhoeffer nos pone al borde mismo de la pista de lanzamiento para pensar en serio, con tal que pensemos sin miedo. Vamos al fondo del asunto. ¿Se puede decir, así y sin más, que el Cristianismo es una religión, una más, entre las muchas religiones que hay en el mundo? Esta pregunta extraña, quizá también molesta, y hasta es posible que irritante para algunas personas, tiene su razón de ser. Sabemos que Jesús, aquel galileo del que se suele decir que fue el “fundador” del Cristianismo, se llevó mal, muy mal, con la religión y entró en conflicto con ella hasta el extremo de que fue perseguido por los clérigos y teólogos de entonces. Un conflicto que se complicó hasta tal punto que fue encarcelado por los hombres del templo, fue llevado a los tribunales, juzgado, condenado y, al final de sus días, fue precisamente la religión la que lo mató. La sentencia de los *dirigentes judíos* resultó decisiva: *Nosotros tenemos una Ley (la Torá o Ley Sagrada), y, según esa Ley, tiene que morir* (Jn 19, 7).

3. DIETRICH BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*, Salamanca 2004, 252.

Pues bien, de un individuo que fue visto como un “demonio” (Mt 12, 24 par), una “amenaza” (Jn 11, 48) y una “blasfemia” (Mt 26, 65 par) por los responsables de la religión, ¿se puede asegurar, como la cosa más natural del mundo, que fundó precisamente una religión? Este es el problema y en consecuencia, ¿se puede afirmar que el Evangelio es un relato “religioso” y “sagrado”? ¿No habría que decir, más bien, que el Evangelio es un *Bíos*⁴? Al utilizar esta palabra griega, me refiero a la narración que se centra en la vida que llevó una única persona, por más que en los evangelios se hable de mucha gente. En realidad, esa única persona, en la que se centra todo, es Jesús de Nazaret. Con lo cual estoy diciendo que la pretensión del Evangelio es recopilar una serie de tradiciones que tienen como finalidad recoger y presentar una forma de entender la vida y de situarse en ella. La forma de entender las cosas y de vivir con los demás, tal como Jesús llevó todo eso adelante.

Téngase en cuenta también que el término *Bios*, a diferencia con *zoé*, no describe, en el Nuevo Testamento, ningún bien de salvación eterna o sobrenatural, un bien relacionado con la religión. *Bios* se refiere al ámbito de lo humano, lo simplemente profano y secular. De forma que esa vida que presenta el Evangelio, asume y presenta los intereses y preocupaciones de la existencia humana⁵. Intereses y preocupaciones de nuestra condición humana, en los cuales y por medio de los cuales, es como únicamente podemos buscar y encontrar el sentido último de la vida.

4. RICHARD A. BURRIDGE, *What are the Gospels? A comparison with Graeco-Roman Biography*, Cambridge 1992, 240 ss; GERD THEISSEN, *La religión de los primeros cristianos*, Salamanca 2002, 205.

5. H.-J. RITZ, en HORST BALZ - GERHARD SCHNEIDER, *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento* (DENT), I, 657; R. BULTMANN, *záo*: TWNT II, 833-844, especialmente 836-838.

Estas son las cuestiones que pretendo afrontar en este libro. Lo que, en definitiva, equivale a preguntarse: ¿es el Evangelio un libro de religión o es, más bien, un proyecto de vida para vivir honradamente, que se nos propone en el *Bios* o forma de vivir que llevó Jesús? ¿Es, por tanto, el cristianismo una religión, que, mediante dogmas, normas y ritos nos lleva a Dios o es una ética que nos enseña a vivir sin Dios o con Dios, pero siempre como si Dios existiera? ¿Se puede pensar seriamente en un cristianismo “no-religioso”? ¿Cómo habría que entender y gestionar la Iglesia en un caso o en otro?

2

Jesús: ¿un hombre religioso, conflictivo para la religión?

Si nos quedamos solamente con lo que acabo de decir, mutilamos el Evangelio. Porque arrancamos de él una parte esencial y un elemento decisivo de lo que fue según el mismo relato evangélico, el *Bios*, la vida de Jesús. Me explico: una de las cosas más chocantes que cualquiera encuentra en los evangelios es que, al mismo tiempo que se producía el gran enfrentamiento de Jesús con la religión y sus más altos representantes, los mismos evangelios nos presentan a Jesús como un hombre profundamente religioso. A Jesús no se le caía de la boca el constante recurso y la incesante mención del Padre del Cielo. De Él hablaba a todas horas. Lo ponía como ejemplo y modelo al que tenemos que parecernos los humanos (Mt 5, 43-45). Y él mismo acudía al Padre, le rezaba, le pedía, se relacionaba familiarmente con Él, de forma que hasta pasaba las noches enteras en oración (Lc 6, 12). Esta oración, en la soledad de la noche y en la altura de la montaña, “alcanza un alto grado de tensión dramática”¹. Además, y esto tiene especial relevancia, Jesús le explicaba a la gente que no se cansaran de orar, pidiéndole a ese Dios, al que siempre el mismo Jesús invocaba como Padre, que no dejaran de suplicarle todo

1. FRANÇOIS BOVON, *El Evangelio según san Lucas*, vol. I, Salamanca 2005, 399-400.

cuanto les hiciera falta de verdad (Mt 21, 22; 24, 20; 26, 41; Mc 11, 24; 113, 33; 14, 38; Lc 6, 28; 18, 1; 22, 40. 46).

Pues bien, si efectivamente la experiencia religiosa de Jesús fue tan intensa; y si además insistió en transmitir esta experiencia a la gente, entonces y si las cosas fueron así, ¿en qué quedamos? La historia de Jesús es la historia de un conflicto mortal con la religión. Pero es también, y al mismo tiempo, la historia de un conflicto provocado y mantenido por un hombre profundamente religioso. Esto quiere decir, por lo pronto, que, al hablar del Evangelio, no podemos hablar de “laicismo”, ya que eso sería negar la existencia de Dios y afirmar el sinsentido de todo cuanto pueda sonar a religiosidad. Pero, por otra parte, es evidente que Jesús no se ajustó ni estuvo de acuerdo con la religión del templo, la religión de los sacerdotes, los ritos y las ceremonias sagradas; lo que, en definitiva, todo el mundo entiende cuando se habla de religión o, por el contrario, de laicidad, no de laicismo.

Así las cosas, ¿no será más ajustado a la realidad pensar en serio que, en verdad, lo que ocurrió en la vida de Jesús, tal como se relata en los evangelios, es que el mismo Jesús modificó el concepto de religión, la experiencia del hecho religioso y la manera de vivirlo? Con lo cual estoy apuntando a una realidad, un hecho, de mucha mayor profundidad de cuanto seguramente imaginamos.

La idea más elemental que la mayoría de la gente suele tener de la religión, es que esta lleva consigo un conjunto de mediaciones (o medios) para establecer un puente de relación y encuentro entre “lo inmanente” y “lo trascendente”, entre “lo humano” y “lo divino”, “lo temporal” y “lo eterno”, “lo terrenal” y “lo celestial”, “lo natural” y “lo sobrenatural”, etc. Por tanto, lo que define a la religión, en su formulación vulgar, es el ser “un medio” para encontrarse, mediante “lo religioso”, con esa realidad superior y última a la que llamamos Dios.

En consecuencia, si leemos los evangelios con atención, nos encontramos con este hecho, a primera vista contradictorio: el protagonista central del Evangelio, Jesús de Nazaret, fue un hombre profundamente religioso, pero su religiosidad fue compatible con el enfrentamiento y el conflicto con la “religión oficial”. Y esto, no en una ocasión o en un caso particular, no. A lo largo de su vida, los conflictos con los sacerdotes, con los maestros de la ley y los observantes fariseos, con el templo, con las observancias y normas religiosas, con los usos y costumbres de aquel clero, fueron tan frecuentes y aumentaron de tal manera, que la situación llegó a hacerse insostenible hasta que, al final, sabemos de sobra cómo acabó aquello: en arresto, juicio, condena y muerte.

Por tanto, en el Evangelio nos encontramos con este hecho sorprendente: se puede ser, a la vez, religioso y anti-religioso. Lo cual quiere decir, por lo menos, que la intimidad con Dios nos puede llevar a vivir en desacuerdo, y hasta en conflicto, incluso mortal, con los “representantes oficiales de Dios”, y en conflicto también con todo lo que tales “representantes” disponen, organizan e imponen a los fieles que están convencidos de que hay que ser fieles al clero.

Ahora bien, esto levanta una fundada sospecha: ¿no podrá ocurrirnos hoy a nosotros algo parecido, quizás lo mismo, que lo que le pasó a Jesús cuando pretendió ser fiel a Dios, pero se dio cuenta de que no podía serlo, si se atenía a la estricta fidelidad a todo lo que decía y hacía la religión que a él le tocó vivir? ¿No podrá suceder hoy que muchas personas se dan cuenta de que les ocurre lo que le ocurrió a Jesús en su tiempo? ¿Y no podrá ser cierto, también ahora, que hay gente honrada que, para mantener su honradez, tienen la sospecha, la impresión o incluso la certeza de que, para ser honrados a carta cabal, tienen que tomar distancias o incluso resistirse a la religión oficial? Y, para llegar hasta el fondo, ¿no será posible que, en todo este complicado asunto, se nos oculte algo más profundo en lo que quizá nunca hemos pensado?